

—Sí, hija mía.

—¿Estabas en alguna consulta?

—Sí.

—¿En alguna que yo conozca?

—No.

—¿De quién es esta targeta? preguntó tomando con un lindo ademán de niña mimada, la tarjeta de Edmundo.

—Es del jóven que acaba de salir de aquí, y que venia á consultarme.

—El señor Edmundo de Péreux, calle de los Tres-Hermanos núm. 3, dijo la niña leyendo en voz alta y al parecer indiferente. ¿Y está enfermo este señor? añadió.

—Sí.

—¿Qué tiene?

—Tiene. . . que su padre ha muerto de una enfermedad de pecho, estoy seguro, y que él está, ó poco le falta, tísico en el tercer grado.

—¡Pobre jóven! murmuró Antonina volviendo á poner la tarjeta sobre la mesa.

—Ahora vamos á almorzar, querida niña, que ya me muero de hambre, dijo el doctor, despues de haber arreglado alguos papeles sobre su bufete.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CAPITULO VIII

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL AMOR ADOPTA TODAS LAS FORMAS.—LA COMPASION EN ALMA DE LAS JÓVENES ES UN DISFRAZ DEL AMOR.

—¡Tísico en el tercer grado! murmuraba Antonina al sentarse á la mesa, ¡y es peligroso eso, padre mio?

—Le quedarán tres años de vida, si se cuida; ménos de dos si no lo hace, respondió el médico.

—¿Y él lo sabe?

—Ni aun lo imagina afortunadamente. Nunca he visto á un enfermo del pecho sospechar que lo esté.

Esta respuesta puso pensativa y casi triste á Antonina; y aquellas sencillas palabras del médico grababan mas profundamante en su corazón el recuerdo de Edmundo, que lo que éste hubiera podido conseguir en tres meses de hacerla la corte.

Despues del almuerzo, el doctor salió para ir á visitar á sus enfermos y la señorita Devaux se volvió á su aposento con la anciana que la cuidaba, quien tomó el *Castillo de Kenilworth*, y se puso á leer en la primera página.



Antonina se sentó cerca de la ventana, cuyas persianas estaban bajadas, pero á través de las cuales paseaba de tiempo en tiempo su mirada por la calle. Tomó su obra de bordado, pero sus dedos inertes la dejaban caer frecuentemente sobre sus rodiilas, y su espíritu distraído de sus costumbres diarias, la arrojaba en profundas meditaciones.

Ciertamente nuestro héroe ni aun se imaginaba la melancólica preocupacion que su visita habia producido á la hija del médico; preocupacion que no probaba, en último resultado, mas que la impresionabilidad de la jóven.

En efecto, no hubiera sido posible hallar una naturaleza mas casta y dotada de una percepcion mas rápida de todos los sentimientos del corazon. Nuestra alma frecuentemente saca de sus dolores sus costumbres, y Antonina que habia dos años hace, perdido á su madre; que habia estado á riesgo de morir por la tristeza que por esta causa experimentaba, sentia desde esa época su corazon mas tierno, mas simpático para con los dolores de los demas.

Ademas, aquella muerte habia dejado en ella un vacío que nada hasta entónces habia podido llenar, ni aun la grande afeccion que profesaba á su padre, ni aun las ideas nuevas, que á su edad ocupan la imaginacion de todas las jóvenes, y que, semejantes á las primeras hojas de la primavera cubren con su verdor las ramas secas del invierno.

Edmundo, pues, habia proporcionado ocasion á Antonina para que recordara aquel pesar, y la jóven pasaba fácilmente del dolor que un hijo puede resentir con la muerte de su madre, al que puede experimentar una madre con la muerte de su hijo.

Y ella se decia á sí misma:

“El hijo tiene ante él todo un porvenir de consuelos y de distracciones que no hay para la madre; tiene á su edad amores que el corazon de una madre no puede ya evocar.”

Entónces, naturalmente, ella pensaba en la madre de aquel jóven que acababa de salir de la casa del señor Devaux, y que sin sospecharlo siquiera, caminaba hácia su fin rápidamente.

Entreveía la desesperacion de la pobre muger, y su imaginacion la representaba incesantemente, en vez del rostro tranquilo y de continuo iluminado por la sonrisa de Edmundo, en vez de los grandes ojos azules que la víspera habia mirado fijos sobre ella, un rostro frio, pálido, estenuado, y ojos apagados para siempre, sin espresion, sin vida. . . . y no podia ménos de repetir:

—¡Pobre jóven! . . .

Y sucede, que cuando una doncella pronuncia semejantes palabras, su corazon se halla muy cercano á su imaginacion, y el nombre que la hace hablar de esta manera no tarda en pasar de la una al otro.



—¿Qué edad tendrá? pensaba Antonina: veintidos ó veintitres años cuando mas. . . . ¡y la naturaleza ha marcado el término de su existencia á los veinticinco ó veintiseis! . . . . ¡y nada sabe él de esta sentencia fatal! ¡y ha venido aquí, creyéndose bueno y sano, descuidado y sin saber que venia á escuchar su sentencia de muerte, porque tarde ó temprano debe conocer la verdad! . . . . ha venido para saber mi nombre, para verme un instante, sin imaginarse cuán grave es el pretesto que ha tomado. . . .

“Su madre no sabe mas que él lo que debe sucederle un dia. . . . vive feliz y orgullosa con su hijo. . . .

“Pobre muger! . . . . será una obra de caridad prevenirla. Tal vez se minoraria el dolor que la reserva la suerte, haciéndola acostumbrar á él desde ahora.

“Si yo la escribiera lo que sé! . . . . tal vez seria tiempo aun. . . . Ella logrará acaso salvarlo. . . .

“Oh! si yo fuese la hermana de ese jóven! ¡cómo tendria cuidado de él! cómo cumpliria hasta sus ménos deseos, su mas ligera voluntad! . . . . ¡cómo trataria de hacerle dulces los cortos años de vida que Dios le concede aun! . . . .

“¡Quién sabe! . . . . será acaso muy desgraciado! Su madre morirá tal vez ántes que él, y él morirá sin un pariente, sin un amigo, sin una muger que le cierre los ojos!

“¿Qué triste es todo esto, Dios mio. . . . y por

qué soy yo la hija de un hombre que no vive sino de la enfermedad y de la muerte de los demas! ¡Con cuánta frialdad, con qué sencillez trata mi padre todos estós asuntos! ¡Cuán indiferentes y egoistas hace á los hombres la ciencia! ¡Cómo me dijo, sin la mas leve emocion: “tendrá dos años de vida;” y qué malos médicos seriamos nosotras las mugeres. . . . ¿De qué sirve adquirir tanta ciencia, si ella es impotente para vencer á la naturaleza?

Me parece, sin embargo, que aun la afeccion y los cuidados morales deberian volver la salud á aquellos á quienes no pueden curar los remedios materiales.

Despues de todo, me compadezco de la suerte de ese señor Edmundo de Péreux, y tal vez no está malo sino por su culpa. Tal vez es un libertino, que pasa sus noches en las orgías y el juego, como dice mi padre que hacen la mayor parte de los jóvenes. . . .

“Oh! no, continuó Antonina despues de algunos instantes de reflexion; él no tiene la cara de un libertino; sus facciones tienen una dulzura casi femenina; su mirada es suave y atractiva. Dicen que las enfermedades, como la que él padece, ejercen una grande influencia sobre el espíritu y los sentidos de los que se hallan atacados, y que los hacen mas sensibles, mas poéticos y mas amorosos que los demas hombres. A lo ménos puesto que deben vivir ménos



tiempo, la naturaleza ha dispuesto que absorban mas presto que ningun otro hombre todas las sensaciones de la vida....

“Pues bien: yo tambien voy á estudiar esa enfermedad, y cuando vuelva el señor de Péreux, porque tiene de volver, lo examinaré, y sabré á qué atenerme. Mi padre puede engañarse: la ciencia no es infalible; pero yo tengo no se qué idea de que no me engañaré.”

Aquí llegaba en sus reflexiones Antonina, cuando le llamó repentinamente la atencion un ligero ruido que sintió á su lado. Este ruido fué ocasionado por la caída del libro que la señora Angélica tenia en la mano y á cuya primera página se habia dormido como lo tenia de costumbre.

Dos años hacia (porque la señora Angélica habia entrado á servir cuando murió la señora Devaux); dos años hacia, decimos, que la honorable señora venia todos los dias despues del almuerzo á sentarse en el aposento de Antonina junto á la ventana en Estío, y junto á la chimenea en Invierno, á leer el *Castillo de Kenilworth*.

Nunca pudo pasar del parage en que Giles Gosling, el tabernero de Cwmnuor, canta al extranjero que acaba de entrar á la posada, ese dístico consolador para todos los que tienen sed:

“Cuando el caballo está en el pesebre, fuerza es dar vino al caballero.”

Lo cual, como todos saben, está en la segun-

da página de la novela, y con esto se prueba al mismo tiempo que la señora Angélica no tenia gran gusto en puntos de literatura.

Siempre que llegaba á estos dos versos, se dormia tan profundamente, que se le caia el libro. Esto era inevitable.

Así es que Antonina que conocia esta bella costumbre, dijo sonriéndose al mirar el libro en el suelo.

—¡Ah! Hé ahí á Angélica que lee el quincuagésimo renglon del *Castillo de Kenilworth*.

De ordinario, Antonina, que tenia horror al silencio y á la soledad, despertaba luego luego á su aya, y la hacia hablar de cualquiera cosa, sin cuidarse del asunto, con tal de que hablara; pero este dia, Antonina quiso mas bien meditar, y despues de mirar el libro, sin pensar en molestarse de modo alguno, volvió á su bordado y á sus meditaciones.

Mas la señora Angélica, que no estaba tan bien dormida como de costumbre, abrió los ojos, se los restregó, miró al derredor suyo, recogió el *Castillo de Kenilworth*, y lo puso sobre la chimenea, sin tener la mas ligera intencion de leer el quinquagésimo tercero renglon para ver lo que el extranjero responde al tabernero Giles Gosling: despues se cruzó de manos, empezó á darse vueltas al pulgar derecho sobre el pulgar izquierdo, y pronunció estas dos palabras únicas, que fueron un verdadero pleonasma:



—He dormido.

—Sí, mi buena Angélica, ha dormido vd., dijo Antonina, y puede vd. seguir durmiendo, si así le acomoda.

—No.

—Lea vd., pues.

—¿Qué quiere vd. que lea?

—Lea vd. el *Castillo de Kenilworth*.

—Ya lo acabé.

—El hecho es que sumando los cincuenta y dos renglones que lee vd. diariamente desde hace dos años, dijo Antonina riéndose, tendremos cerca de diez y ocho mil renglones, es decir, mas de los que tiene el tomo; pero desgraciadamente siempre son unos mismos los renglones que vd. lee.

Lo mismo da: siempre sabe uno cuál será el desenlace, y eso es lo que importa.

A quien así comprende la literatura, nada hay que responderle.

Así es que Antonina no contestó, y sin embargo, hubiera querido hacer ó decir algo que la distrajese de los tristes pensamientos que la ocupaban, y que la inspiraban á su alma melancólicos sentimientos.

Antonina no sabia qué hacerse. Su pensamiento estaba como encadenado al nombre de Edmundo. Tenia necesidad de volverlo á ver, ó á lo ménos de pensar en él, y jamas hombre ninguno tuvo tal influencia en ella.

Era esto porque nuestro héroe se habia dirigido inmediatamente, á pesar suyo, á su corazon; era porque, sin saberlo, habia dado ocasion á que la jóven lo compadeciese, y porque se le habia entrado por el alma, por una de esas puertas escusadas, que las mugeres de su edad están siempre dispuestas á abrir.

Es probable, casi cierto, que despues de la aventura del dia anterior, si Edmundo hubiera sido un muchacho grande, robusto y fortachon, no habria andado tan rápidamente el camino para llegar al alma y al corazon de Antonina, y que dos horas despues de la primera visita, no hubiera sido ella víctima de la inquietud y de las reflexiones que hemos procurado describir.

Y era tan poca ordinaria esta preocupacion en Antonina, que le parecia que podria sacudirla, andando, moviéndose, saliendo.

—Mi buena Angélica, dijo entónces poniéndose en pié, vamos á dar un paseo.

—¡Perfectamente! Hae buen tiempo, respondió Angélica; me place mucho.

Y se levantó tambien.

—Dígame vd., querida Angélica, dijo Antonina casi sin notar que hacia tal pregunta, ¿ha conocido vd. algunos enfermos del pecho?

—¿Por qué me pregunta vd?

—Por saber. Otra vez le diré á vd. por qué.

—Sí, he conocido.



—¿Y todos han muerto?

—No, no. Conocí una señora que estaba desahuciada de todos los médicos, y que hoy está tan sana como vd. y yo.

—¿Y qué hizo para salvarse?

—Fué á pasar dos años al Mediodía.

—¿Y es ese un remedio seguro?

—Seguro no, pero sí muy probable.

—Entonces es preciso que él parta, murmuró Antonina.

—¿Qué dice vd? preguntó Angélica.

—Digo, mi buena Angélica, contestó prontamente y ruborizándose Antonina, que le agradecería á vd. infinito me fuera á buscar mi chal y mi sombrero en la pieza inmediata.

Apenas la señora Angélica habia vuelto las espaldas, cuando la hermosa niña obedeciendo un consejo de su corazón, inquieto y conmovido, tomó un pliego de papel, y escribió con rapidez:

“Parta vd. para el Mediodía....”

Dobló luego el papel; lo cerró; puso el sobrescrito “á Edmundo de Péreux,” y ocultó bruscamente la carta en su seno en el momento en que Angélica volvía trayendo el chal y el sombrero.

Antonina creía haber encontrado el medio de salvar á Edmundo. Ella se figuraba que el jóven con solo aquel renglon comprendería toda la necesidad de ese viage, que partiría inmediatamente, y que no volvería sino gordo, robusto

y colorado como la amiga de la señora Angélica. Todo el candor de alma de la doncella se hallaba en aquella carta. Ella ni por un instante sospechó que pudiera ser malo escribirle así á un jóven, aun para decirle:

—“Parta vd.”

La esperanza que acababa de darle, sin saberlo, la señora Angélica, habia arrojado de su mente todos los pensamientos sombríos, bien así como el primer rayo de luz ahuyenta todas las sombras: la niña no pudo contener la efusion de su alma, y abrazó á su aya diciéndola:

—Vamos, mi buena Angélica, y aprovechémonos de este hermoso dia.

Antonina estaba ya dispuesta á salir; la señora Angélica, enteramente vestida de negro, que convenia á su carácter, acababa de ponerse los guantes.

Las dos mugeres bajaron la escalera.

Cuando estuvieron en la calle, Antonina buscó con la vista un buzón, y habiendo mirado uno, sacó la carta de su seno, y la arrojó al pasar.

—¿A quién escribe vd., pues? preguntó la señora Angélica.

—Escribo á Delfina, que hace muchísimo tiempo no me viene á ver.

Delfina era una amiga de colegio de la señorita Devaux.

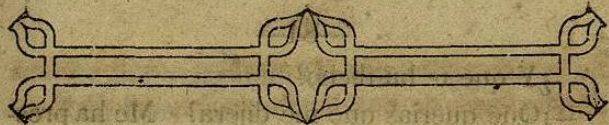
Esta era la primera mentira que en su vida hubiera pronunciado Antonina, y sin embargo



no se arrepintió; por el contrario, estaba ufana de ella como de una buena acción.

¡No era, en efecto, una buena acción? y la prueba es, que durante todo aquel día Antonina estuvo mas contenta que nunca.

¡Dichosa edad esa en que el corazón experimenta en un momento tristezas y alegrías sin motivo!.... Parece, á esos días de Primavera, que comienzan con lluvia y al fin de los cuales las jóvenes pueden correr por los trigales como si en un año hubiera llovido.



CAPITULO IX.

**NICHETTE.**

Durante este tiempo, Gustavo habia venido á casa de Edmundo, y no encontró mas que la carta que éste le habia dejado.

¡Vamos! se dijo á sí mismo Daumont, estaba destinado que así habia de suceder, y se puso á aguardar á su amigo.

Al cabo de poco tiempo volvió Edmundo con el aire mas placentero del mundo, restregando entre sus manos la receta del señor Devaux, que ni aun siquiera habia leído.

—Por fin.... le dijo bruscamente Gustavo al verlo, y sin poder disimular la inquietud en que lo tenia sumergido aquella visita que habia tratado de impedir.

—¡Por fin, qué? exclamó Edmundo riéndose; tienes un aspecto de azorado. . .

—¡Has visto al señor Devaux? continuó Gustavo tranquilizado con el acento de su amigo.

—Naturalmente, pues fui con este objeto.